



**EL  
CUERPO  
MANCHADO**

¿Que si su mujer era guapa? – esa era una pregunta que, ni él mismo, hubiera sido nunca capaz de responder.

Además, tuvo la suerte de que nunca nadie se la había hecho antes...

Ni siquiera ella se atrevió nunca a hacerlo en medio de uno de esos momentos íntimos que tanto disfrutaron escondidos en esas mañanas de sábado, donde el tiempo sólo se detenía para ellos dos.

Tampoco se lo preguntó nunca después de sus duelos alcalinos, cuando ambos quedaban exhaustos y se decían todo eso que no eran capaces de hacer en otra situación, o en otro lugar, simplemente porque resultaba fuera de lugar, e incluso un poquito cursi.

Pero, ahora que alguien le había hecho la pregunta se atrevió por fin a responderla... Ahora podía decirlo.

Esther no era una mujer guapa. Al menos no era una de esas ante las que no queda otra que volverse para remirla al pasar junto a ella por la calle.

Tampoco tenía un cuerpo espectacular... ni lo necesitaba para volverle loco, como así hizo desde el primer día que se sació de ella en aquella playa oscura, hacía ya más de treinta años.

Y todo... por ese olor... Ese olor que era capaz de redibujarla, mostrándola madura como un sabroso fruto, y fresca y lozana como ese tallo verde que brotaba en la primavera.

Y es que ella olía tan bien que sería digna de la envidia de todas las flores, si éstas tuvieran esa capacidad tan humana.

Pero ¿cómo iba nadie a saber eso si ni ella misma era capaz de saber a lo que olía su cuerpo?

Su olor no era nada ficticio, aunque en ocasiones – más de las que él mismo quisiera – lo engalanara y disimulara con cremas demasiado caras y con perfumes demasiado sofisticados.

Su olor provenía de su aura y, por lo tanto, la hacía más hermosa cuanto más se era capaz de apreciar esas esencias ocultas que la hacían hija directa de la beldad.

Al no saberlo, tampoco fue nunca capaz de exhibirlo, presumirlo, o hacerlo valer ante los demás.

Era sólo él quien había trabajado una tesis completa, especializada en ella, en los olores que emanaba, en sus esencias primigenias y en todo lo que comunicaban.

Y después de tantas noches impregnándose de sus esencias diferentes, fue capaz de unir todas y hacerla solo una. Una esencia a la que llamó, simplemente, Esther.

Si alguien le hubiera preguntado por el número de lunares que Esther tenía sobre su mentón, nunca habría sido capaz de responder con certeza. A pesar de ser bastante visibles.

Incluso el color de sus ojos le haría dudar entre el marrón o el negro... y hasta el de su pelo.

En cambio su olor era inimitable, perdurable en el tiempo, y parecía grabado en él a fuego.

Después de muchos años en común, llegó a ser capaz de reconocer, a través de él, todas sus sensaciones, sus pensamientos más íntimos, sus sueños... incluso esa propia vida que quisiera ocultarle y guardarla para sí sola.

Solo con alimentar el olfato con sus efluvios corporales podía sentir su dolor, su excitación, su desasosiego, incluso su felicidad... También su desdicha.

La felicidad era, sin duda, la que olía mejor, junto a la de la excitación... ¡y esa era irresistible!

Y ese mágico olor del que alimentó cuerpo y alma durante más de una década de noches bohemias cambió en esa extraña noche que aún hoy no ha podido olvidar.

Sus fragancias, otrora etéreas, llegaron a la cama metamorfoseadas en hedores casi monstruosos, incluso con colmillos que se claveteaban en su piel como si fuera un ataúd a punto de cerrarse para siempre.

Así se sintió él... como esa caja de pino donde a partir de ese día descansarían los restos de un amor que había dejado de ser hermoso y, sobre todo, compartido y fiel.

Fue un momento terrible, insoportable por el dolor que brotó a través de su alma, y cercano a una muerte en la que nunca pensó hasta entonces.

Y se sintió morir... y sentirse morir era morir por vez primera.

Mirándola mientras recibía esos efluvios corporales que delataban una infidelidad aberrante intentó jugar al engaño consigo mismo...

Pero no pudo hacerlo. Ese olor sonaba más fuerte que esas palabras que ella ocultaba inmersa en un extraño silencio.

Por eso prefirió callar.

Al principio él mismo intentó disimular esa extraña sensación que flotaba por el ambiente de la alcoba.

Ella llegaba tarde, como solía hacer los últimos días, quejándose de un trabajo que siempre le había gustado y que, por lo que escuchaba, empezaba a hartarle en exceso.

Él, esperándola con un libro entre las manos, sintió que todo ese deseo con el que la anduvo esperando desaparecía, y ocupando su lugar se quedaba un extraño desasosiego que nunca antes había convivido con él.

¿A qué olía esa habitación? – se preguntó convulso mientras la observaba quitándose unas ropas extrañas - ¿a traición?.

Sentada en el banco situado frente al espejo se quitó las botas marrones con largo tacón. Esas que no le gustaban y que últimamente se ponía casi a diario.

Todo el glamour desapareció con esos calcetines verdes que cubrían hasta más arriba de sus tobillos.

Después se quitó el jersey celeste que se apretaba a su cuerpo, con generoso escote que dibujaba unos senos con los que no podía dejar de soñar. Debajo llevaba un sujetador negro, pequeño... tanto que no podía mantener bajo su dominio esas turgencias descaradas y manchadas de lunares.

Con un suave chasquido de dedos consiguió desabrochar el pantalón beige que también se ajustaba a sus caderas como si fueran unos leotardos.

Con dificultad los bajó, arrastrando con ellos unas bragas negras que no tardó en subir para cubrir una piel que tanto le gustaba admirar.

A través del espejo la vio hermosa como siempre, pero diferente.

No era solo el olor... También su cuerpo parecía otro distinto.

- ¿Qué te pasa? – le preguntó ella, con desgana, metiéndose rápidamente en la cama, y cubriendo su cuerpo con las mantas donde él ya llevaba rato esperándola

- ¿por qué me miras así?.

La sensación fue extraña, y dolorosa. A través del aire viajaban todas las palabras que ella ocultaba en su mente, y que pretendía guardar bajo llave en el baúl de los secretos.

¡Qué mal olía la mentira!.

Él, intentando descifrar el código de ese nuevo olor que no reconocía a través del cuerpo de su esposa, prefirió callar... y sufrir.

No tardó mucho en romper a llorar en silencio.

Ella no volvió a preguntarle, y se giró sobre su lado de la cama, ignorando los deseos de volver a estar a su lado tras todo un largo día sin ella.

Pero, aunque su cuerpo estaba allí, su mente no había regresado aún a casa, y, mucho menos, a esa habitación que estaba mancillando sin ser consciente de ello.

Su mente, y así lo decía ese extraño olor que llevaba pegado a su piel, estaba a varios kilómetros de distancia, en una lujosa habitación de hotel de donde había salido unas horas antes, y en compañía de alguien que había borrado ese olor que él empezaba a anhelar, y que supo que nunca más compartiría.

Y entonces reconoció ese sucio olor que impregnaba y mancillaba la piel de su ser más amado. Era un olor conocido, incluso familiar... y con nombre y apellidos.

Ese nombre no tardó en irrumpir con violencia en el interior de sus oídos, martirizándole aún más.

¡Sí – pensó evitando lágrimas amargas – olía a él!

- ¿Qué te pasa? – volvió a preguntar ella, sabedora de que algo merodeaba por la mente de su silente esposo – estás muy callado

- no me pasa nada – mintió, sin atreverse a devolverle la mirada

- estás muy raro...

- tengo sueño – dijo, y volvió a callar, y a sufrir. En cambio, dormir no pudo.

Ella sí que pudo conciliar el sueño con facilidad, y este llegó acompañado de una leve sonrisa que se posó en sus labios para no borrarse. Él la miró y, por primera vez, la odió.

Y ella siguió durmiendo. Él, en cambio, nunca más despertó.

¿Enajenación mental... miedo a la soledad... o simple despecho?

Fue en mitad de la noche cuando ese nuevo olor, ajeno a él, y a su vida en común con ella, hizo que se levantara, bajara a la cocina, y bebiera de ese licor que guardaba en la alacena desde hacía muchos años.

De repente, los últimos cinco años de su nueva vida desaparecieron, y volvió aquella de la que tanto le costó salir.

Y si lo consiguió fue precisamente por ella, por su ayuda, por su empuje, porque siempre estuvo ahí.

Pero ahora ella se había marchado... aunque siguiera durmiendo en la misma cama donde tanto la había amado.

El primer trago le asustó, y no fue disfrutado. El segundo menos... El tercero vino acompañado de recuerdos desagradables que empezaban a endulzarse.

Y bebiendo directamente de la botella, dejando caer restos de alcohol sobre la camisa del pijama, recordó a su madre, y esas palabras que aún sonaban como si fueran recién pronunciadas:

“Hijo, esa maldita botella acabará un día con tu vida”.

Eran aquellos otros tiempos bañados con nubes repletas de alcohol, tabaco, desamor y desesperación... Tal y como empezaba a dibujarse de nuevo su vida.

Y fue el licor, mezclado con ese olor que ya estaba también en la cocina, el que deshizo su cordura y le hizo coger ese gigantesco cuchillo con el que soñaría durante el resto de su vida.

Y fue gracias a la muerte que pudo guardarla para sí, y poder recordarla tal y como fue desde un principio, y no como sería en ese futuro – ya presente – que se presentaba tan doloroso como la ulceración que le acompañaba en esa fría caja de pino.

Era solo cuando ella le visitaba – menos de lo que él mismo hubiera deseado - cuando volvía a recuperar ese olor primigenio, y cuando también volvía mentalmente a casa, para dormir en esa cama que ya nunca seguiría compartiendo con ella.

Ella, entre lágrimas de desesperación y, sobre todo, de arrepentimiento, acudía a visitarle en silencio. Nunca decía nada, ni preguntaba nada. Ni siquiera una lágrima derramaba, pero seguía guardando aquel maldito olor que a él – por suerte – ya no podía volver a matarlo.

Inmerso en la más absoluta oscuridad recordaba cuando podía respirar hondo y llenarse de ella, y, sobre todo, cuando sólo con olerla podía no pensar en nada más que en los sentimientos que producía en su alma, y se escondían bajo el agua de su piel.

Para su desgracia, con el paso del tiempo, ese olor fue desapareciendo, y cuando lo hizo del todo, al fin pudo comprender el gran error que había cometido.

El recuerdo de ese olor, que hasta entonces había sido su fuente vital, y lo que le había mantenido vivo y alejado de su propio pecado, se había marchado definitivamente, y ya no volvería a él nunca más... ¡Nunca!

Y allí, en esa fría tumba – de la que ya nunca saldría - buscó ese olor que tanto añoraba, comprendiendo finalmente que era verdad eso de que HAY OLORES QUE MATAN...